

EL SEMBRADOR Y EL PLAN SEXENAL.
LA FORMACIÓN DE LOS NUEVOS CAMPESINOS
(1929-1938)

ENGRACIA LOYO
Centro de Estudios Históricos
El Colegio de México

INTRODUCCIÓN

El estudio de los libros de texto, en particular los de historia y de lectura, ha seducido a los investigadores por el papel que se les atribuyó para instruir, normar, dirigir, inculcar valores, despertar simpatías y emociones, fomentar devociones e incluso resentimientos¹. Si bien analizar sus contenidos e incluso aventurar o adivinar las intenciones de sus autores es una tarea viable, por el contrario la apropiación o la reacción que despertaron en los lectores y el impacto que tuvieron en su formación es difícil de medir: el circuito que de acuerdo con Chartier (1995) recorre un texto, del autor al lector, ha quedado incompleto en la mayor parte de las investigaciones, por falta de testimonios o fuentes suficientes. Sin embargo, aun con esta limitación, el examen de los textos no es un quehacer inútil, porque éstos, en su mayoría, reflejan aspiraciones e ideales de un sector dirigente en un tiempo determinado. La educación escolar ha tenido entre sus principales objetivos modelar la conciencia colectiva, homogeneizar a la población y crear lealtades al Estado. Los textos escolares han sido uno de sus instrumentos más poderosos. Los gobernantes los han utilizado, además, en su búsqueda de consenso y hegemonía.

¹ Un texto pionero fue el de Vázquez (1970). Véanse también Vaughan (2000) y el libro *Historia de la lectura en México* (1988) entre otros.

Sobre los libros de texto de los años de la posrevolución, en particular los de la educación socialista, Serie SEP y Simiente, ambos editados por la Secretaría de Educación Pública durante el sexenio de Lázaro Cárdenas, se han hecho numerosos estudios debido a su carácter polémico e innovador. Sin embargo, dos textos de lectura, precursores de aquéllos, *El Sembrador* y *El Plan Sexenal*, ampliamente difundidos en las escuelas rurales, han sido olvidados.

FIGURA 1

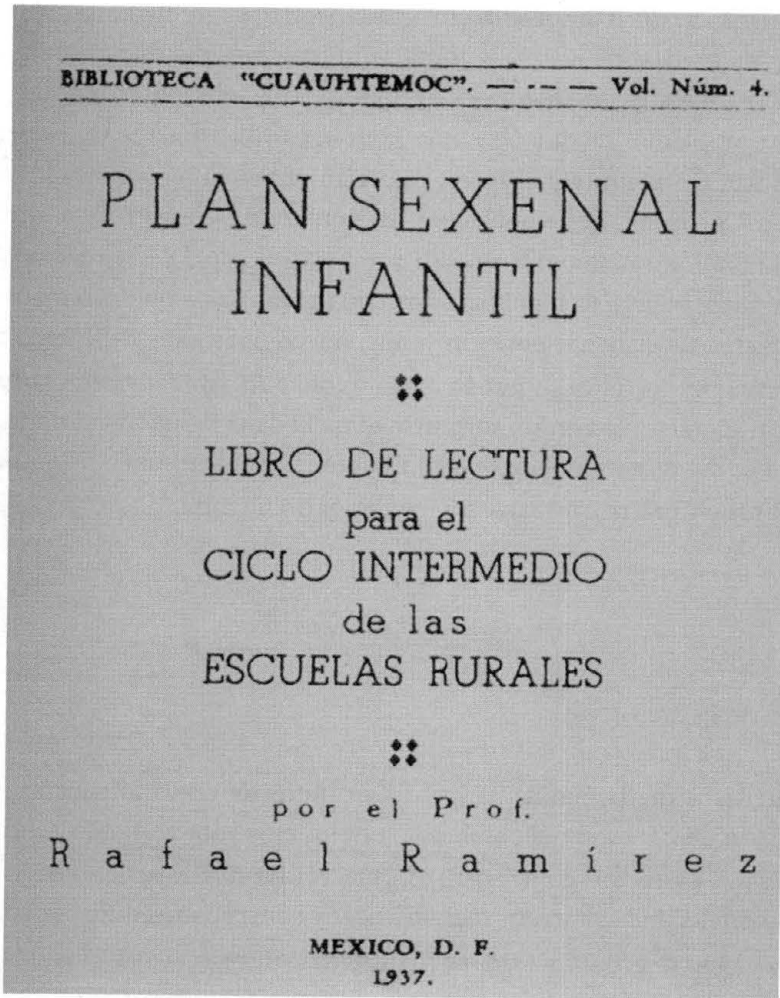
Libro de lectura de la serie El Sembrador



Fuente: *Obras completas de Rafael Ramírez* 1968.

FIGURA 2

Libro de lectura de la serie Plan Sexenal



Fuente: *Obras completas de Rafael Ramírez* 1968.

Es importante rescatarlos no solamente por su valor pedagógico, sino porque son un lente para estudiar la ideología de los gobiernos del maximito y del cardenismo, el pensamiento ambiguo y contradictorio de las autoridades educativas y del propio autor, Rafael Ramírez, artífice de la escuela rural, así como los debates y querellas de un amplio sector de la sociedad.

Estos textos contribuyen a dar a conocer los esfuerzos de los gobernantes de los años de la posrevolución para integrar a sus habitantes en un proyecto nacionalista, crear una sociedad más justa y formar un nuevo hombre que se apegara al ideal de la época: moral, diligente, productivo y sano. Mostraban el carácter conciliatorio y la política vacilante del grupo dirigente frente a problemas medulares como la desigual distribución de la tierra y la explotación de los trabajadores. Repetían prejuicios generalizados sobre un sector marginal de la población, los indígenas, y expresaban el punto de vista predominante en la sociedad respecto al papel y la situación de la mujer, además de hacer públicos los códigos morales que ostentaban las autoridades, revelaban la posición ambigua y complaciente del Estado frente a la religión católica (y por lo tanto frente a su rival ancestral la Iglesia católica) y eran, a la vez, un foro de denuncia de la desigualdad y una justificación del orden imperante. Difundieron, asimismo, una visión oficial de la historia patria construyendo símbolos y consagrando héroes.

ANTECEDENTES

Los textos mexicanos

El Porfiriato fue la época de oro de los libros de texto mexicanos. Aun cuando su uso y abuso fue combatido por los educadores que pensaban que impedían al estudiante ejercitar sus capacidades intelectuales, reducían el trabajo intelectual a prácticas memorísticas y convertían al niño “en máquina para repetir pensamientos ajenos”, nunca antes se habían editado textos escolares en tan grandes números. Los pedagogos porfiristas, a la vez que revolucionaron la enseñanza e incidieron en el proceso de aprendizaje, dejaron como rico legado textos que rivalizaron e incluso desplazaron a los libros extranjeros empleados en escuelas oficiales y particulares. *El Método Onomatopéyico Sintético de Lectura y Escritura* de Gregorio Torres Quintero y el de Enrique Rébsamen, *Método Rébsamen de escritura-lectura*, editados en México por casas privadas ganaron lectores y fueron utilizados y reeditados una y otra vez hasta bien avanzado el siglo xx. No obstante su factura nacional, su amplio tiraje y que en algunos casos se repartían

gratuitamente la mayor parte de los habitantes del país no tuvieron acceso a ellos y miles de escolares se conformaron, en el mejor de los casos, con silabarios o catecismos. El texto de lectura, obligatorio a principios del Porfiriato, se declaró optativo en 1910.

Durante la década de lucha armada los maestros utilizaban el método de lecto-escritura que creían conveniente o que tenían a la mano. La Secretaría de Instrucción Pública y Bellas Artes combatió la memorización de textos, declaró de nuevo obligatorios los de lectura en las primarias elementales y aprobó el de Gregorio Torres Quintero, que por su sencillez tuvo gran aceptación, el de Rebsamen y el de *Enseñanza simultánea de la lectura y escritura* de Claudio Matte, todos porfiristas. Niños y niñas deberían hacer lecturas diferentes, acordes con sus futuros papeles en la sociedad: las niñas, que se desempeñarían como madres y amas de casa, leían *Rafaelita*, *El ángel del hogar*, *Memoria de una niña*. Para los varones, que crecerían para ser ciudadanos honestos, trabajadores y productivos, se recomendaba *Corazón*, *diario de un niño* del italiano Edmundo Damicis, por su realismo y sus lecciones morales.

Las autoridades insistieron en el carácter nacional de los textos y en que revaloraran el trabajo y evitaran “la exaltación de las cualidades guerreras y la belicosidad del pueblo” y las ofensas para ciudadanos de otros países, como referirse a “infames gachupines” y a “odiosos yanquis”, así como “sembrar gérmenes de odio inadmisibles para el carácter de la educación infantil que debe ser de bondad y amor”. Los educadores recomendaron buscar un equilibrio entre el sentimiento nacionalista y la xenofobia.

Aun así, uno de los pocos testimonios que existen al respecto revela que los lineamientos oficiales no siempre eran acatados. Un escritor al recordar sus años de estudiante afirmaba:

La escuela primaria nos hacía patrioterros. Odiábamos a los españoles por españoles, con especial repugnancia para Pedro de Alvarado, el cruel Tona-tiuh de las matanzas de indios: adorábamos a Cuauhtémoc que defendió a la gran Tenochtitlán y que cuando tuvo que rendirse a Cortés le pidió que lo matara con su propio puñal... Nos sonrojaba la sola mención de nombre de Moctezuma, de la Malinche, y de los tlaxcaltecas que habían traicionado a su patria. Seguíamos las lecciones del libro de Torres Quintero con

pasión y se nos caía el alma cuando nuestro profesor decía: “eran menos y eran malos, pero tenían buenos caballos y arcabuces y ganaron a nuestros abuelos...”. (Iduarte 1985, p. 81).

En 1918, a pesar de que los libros oficiales eran predominantemente nacionales, la Dirección General de Educación seleccionó 28 obras de las cuales 16 eran de autores extranjeros, lo que provocó la protesta de autores mexicanos, encabezados por Torres Quintero (Vázquez 1970, p. 137).

La labor editorial oficial

Para los dirigentes que asumieron el poder en 1920 después de diez años de lucha civil, la reconstrucción y modernización del país dependían, en buena medida, de un pueblo instruido y unificado por una cultura común. La educación escolar debería fortalecer su proyecto nacionalista y homogeneizar a una población de poco más de 15 millones de habitantes, mayoritariamente campesina (75%) e integrada por numerosos grupos étnicos con lenguas y costumbres diversas. La escuela rural, en particular, tenía como objetivo “civilizar”, y erradicar hábitos considerados nocivos.

En el gobierno de Álvaro Obregón (1921-1923) además de una vigorosa campaña contra el analfabetismo que afectaba a 80% de la población mexicana, las autoridades impulsaron una extensa labor editorial. José Vasconcelos, primer titular de la SEP, creada en 1921, asumió una tarea sin precedentes: proporcionar lectura al pueblo como medio para lograr su “regeneración espiritual” y poner a su alcance “las cumbres del pensamiento universal”. Con este fin editó y divulgó diecisiete obras literarias clásicas, antologías diversas y publicaciones periódicas². Pero la titánica empresa no contemplaba la edición de textos de lectura. Para Vasconcelos, después del libro para aprender a leer el alumno debería tener acceso a las obras literarias. Según informes de la SEP, ésta sólo editó *El libro nacional de lectura*, con un tiraje de 100 000 ejemplares, del que poco se sabe.

² Sobre la labor educativa de José Vasconcelos véase Fell (1989). [También, aquí mismo el artículo de Javier Garcíadiego, pp. 65-94. N. de la ed.]

El gobierno de Plutarco Elías Calles, sucesor de Álvaro Obregón, cuya meta prioritaria era modernizar el campo y aumentar la productividad del trabajador, sustituyó las “obras eruditas” por lecturas “útiles”. Difundió miles de folletos y manuales entre los obreros y campesinos que además de servirles para mejorar su trabajo y su vida diaria pretendían comunicar a la SEP con maestros y escuelas rurales³. La querrela entre quienes promovían una literatura revolucionaria, nacionalista vinculada al entorno social y comprometida con las luchas populares, y quienes valoraban la obra literaria por su forma y su objetivo estético y no por su contenido, afectó también la política editorial de la SEP. Paradójicamente, en discrepancia con el espíritu nacional del que alardeaba el régimen, el texto escogido y publicado en un amplio tiraje por la Secretaría misma, fue *Corazón, diario de un niño*, “por sus lecciones de abnegación, generosidad y patriotismo”.

Textos para campesinos

Las expectativas de un nuevo orden social que despertó la crisis económica de 29 hicieron proliferar las organizaciones laborales y las lecturas sobre las luchas del “proletariado”. Durante el interinato del presidente Emilio Portes Gil (1929-1930), marcado por una desesperada búsqueda de legitimación y apoyo lo mismo que por su empeño en demostrar el carácter conciliatorio y a la vez radical de su gobierno, varias instituciones educativas incluyeron en sus programas el estudio de diversos socialismos, entre ellos el científico. Los dirigentes de la Secretaría alentaron la formación de sindicatos y cooperativas y publicaron textos con constantes referencias a la explotación de los trabajadores y a la lucha de clases. Por medio de los libros escolares el régimen intentó difundir “los sanos principios de la Revolución” y auxiliar a los maestros en una nueva tarea: concientizar y organizar a campesinos y obreros para su emancipación. En 1929 apareció un libro pionero en su género: *ABC para el niño campesino*, editado en Tabasco, en donde por más de una década había tenido gran arraigo la educación racionalista que derivaba de la pedagogía anarquista del cata-

³ Sobre la labor editorial de los regímenes posrevolucionarios véase Loyo (1988).

lán Francisco Ferrer Guardia. Las lecciones del texto estaban dirigidas “al pequeño proletario”, pero en realidad contemplaban a un público adulto: su objetivo era despertar conciencia de clase entre los trabajadores, denunciar la explotación de que eran víctimas y señalar el camino para su liberación. Los textos condenaban el pensamiento irracional difundido por las religiones. Los consejos a los lectores eran constantes: “no tengas fe en las falsas religiones”; “ahorra, cuida que tu trabajo sea justamente remunerado, pero que sea de buena calidad”; “se bueno, trabaja, economiza, y la felicidad será contigo”; “huye del alcoholismo, ten fe en ti mismo y en el trabajo”. Resultaba un tanto desconcertante que a pesar de condenar el trabajo enajenado, la obra concluía que: “la única forma de conquistar el bienestar es por el trabajo” (Martínez Assad 1985, pp. 161-165).

EL SEMBRADOR. ¿VOCERO OFICIAL?

Como expresión del creciente interés por la educación rural y de su labor educativa en el campo, la SEP se convirtió en editor sistemático de libros de texto. Por medio de Talleres Gráficos de la Nación publicó obras que deberían llegar a todos los estudiantes y que distinguían entre los del campo y de la ciudad, entre ellas: *Fermín*, del maestro Manuel Velázquez Andrade, historia de un pequeño peón de hacienda, ilustrada por Diego Rivera, de la cual se publicaron 400 000 ejemplares en un solo año; *Vida rural, los campesinos de México* de Ernesto Martínez de Alva editado en 1933 con un tiraje de 150 000 y la serie de textos de lectura *El Sembrador*, del entonces director del Departamento de Escuelas Rurales maestro Rafael Ramírez.

Ramírez, figura familiar, entrañable y ejemplar para el magisterio, trabajó intensamente, junto con Moisés Sáenz, para extender la escuela rural federal a todo el país. Como jefe de Misiones Culturales y durante seis años, entre 1924 y 1930, director del Departamento de Escuelas Rurales e Incorporación Indígena, Ramírez fue una presencia viva entre los maestros, un enlace entre éstos y las autoridades y, sin duda, el principal vocero del credo y los lineamientos oficiales en materia educativa. Se preocupó por capacitar al trabajador, así como por castellanizar al indígena por vía directa para su incorporación al proyecto nacional, política por demás cuestiona-

ble. Dejó un rico legado, fruto de su estrecho contacto con habitantes del medio rural y con los docentes, que incluye cursos de metodología, folletos, artículos pedagógicos y libros de texto. El Sembrador, serie de cuatro libros de lectura, diferente a la revista del mismo nombre, publicada entre 1929 y 1933 y la serie de tres libros, El Plan Sexenal o El Porvenir en 1937, fueron herramientas utilizadas por la SEP para alcanzar una de sus metas: forjar un trabajador rural libre de prejuicios y ataduras.

En 1931, la editorial Herrero editó 100 000 ejemplares de los libros que circularon con el mismo título que la serie, *El Sembrador*, edición vigilada por la SEP y en 1933 la SEP, a su vez, publicó 182 000 ejemplares, tirajes inusitados para una población que no había tenido en sus manos más que uno que otro silabario, y que mostraban el esfuerzo oficial por llegar a las más de cinco mil escuelas rurales del país.

Aunque destinados a las escuelas primarias, las lecciones de los libros estaban dirigidas preferentemente a los adultos y fueron lectura frecuente en las escuelas nocturnas. Tanto Sáenz como Ramírez consideraban que la escuela debería alcanzar a la población en su conjunto, de otra forma, lo que “la escuela hace, la comunidad lo deshace”. Síntesis ecléctica de la espiritualidad vasconceliana y de la ética pragmática del subsecretario protestante Sáenz, estos textos revelaban la imagen de las autoridades sobre el mundo rural y sus intenciones de normar la conducta y el comportamiento cotidiano del campesino. Sus lecciones se enriquecieron con poemas, cuentos y páginas literarias de ilustres escritores y poetas mexicanos y extranjeros: Manuel José Othón, Salvador Díaz Mirón, Jaime Torres Bodet, José Santos Chocano, Tolstoi, Gabriela Mistral, Dr. Bardina, Rubén Darío, Amado Nervo, Azorín, entre otros.

El espíritu nacionalista

El Sembrador exaltaba la Revolución Mexicana, difundía sus “sanos principios” y pretendía despertar entre los alumnos amor por la patria: “Tu primer deber es dar la vida por la patria”, y fomentar en ellos veneración por los héroes. Abundaban panegíricos a Benito Juárez, quien derrotó a los conservadores “que defendían a una clase privilegiada y opreso-

ra”, a Francisco I. Madero “que se lanzó a la lucha para sacarnos de una miseria espantosa” (Ramírez 1931a, p. 47). En cambio no hacían mención alguna de los caudillos revolucionarios. Zapata era el gran ausente. Los textos invitaban a estudiar la vida de quienes han sufrido y peleado para hacernos libres:

Si no tienes amos que te aniquilan despiadadamente trabajando por un mísero jornal, si no tienes capataces que te lastimen criminalmente la espalda con el látigo[...] si puedes hablar con toda libertad y eres dueño de ti mismo es porque esa legión de hombres buenos de que te he hablado lucharon por ti [...]. Su conducta te encarrilará en la senda de un recto y noble vivir (*ibid.*, p. 67).

Los libros intentaban convencer del esfuerzo de la Revolución (sin más protagonistas o héroes que Madero) por mejorar la situación de los trabajadores y por devolver las tierras de las que muchos campesinos habían sido despojados a sus legítimos dueños.

Antes de que la revolución fuera iniciada yo nunca había oído hablar de que existiera en nuestro país un problema rural. Nadie creía que hubiera necesidad de educar a los indios y a los rancheros y campesinos miserables [...]. La Revolución iniciada por Madero en 1910 ha hecho grandes conquistas para el pueblo. Se siempre su defensor. (Ramírez 1931c, pp. 49-50).

Prejuicios ancestrales

Los textos de El Sembrador contribuían a alimentar el imaginario sobre el campesino como un ser supersticioso, ignorante, analfabeta, enemigo del progreso, a quien se atribuían todos los males de la sociedad. La escuela, en cambio, aparecía como agencia redentora. “Los campesinos que tienen escuela están en posibilidades de encender su lámpara. Con su brillante luz dejarán de ser supersticiosos, ignorantes y enemigos del progreso”. (*ibid.*, p. 50). Varias lecciones nutrían ancestrales prejuicios sobre los indígenas. Su desconocimiento del español, que se asociaba con la ignorancia y el atraso, los convertía en un lastre: “no colaboran como

ciudadanos porque no saben leer ni escribir y algunos ni siquiera saben hablar el castellano. Fundemos escuelas para *dignificarlos* y enseñarlos: fundemos escuelas, muchas escuelas para que podamos formar muy pronto una verdadera nación de quince millones de hombres libres e ilustrados” (*ibid.*, p. 39. Las cursivas son mías).

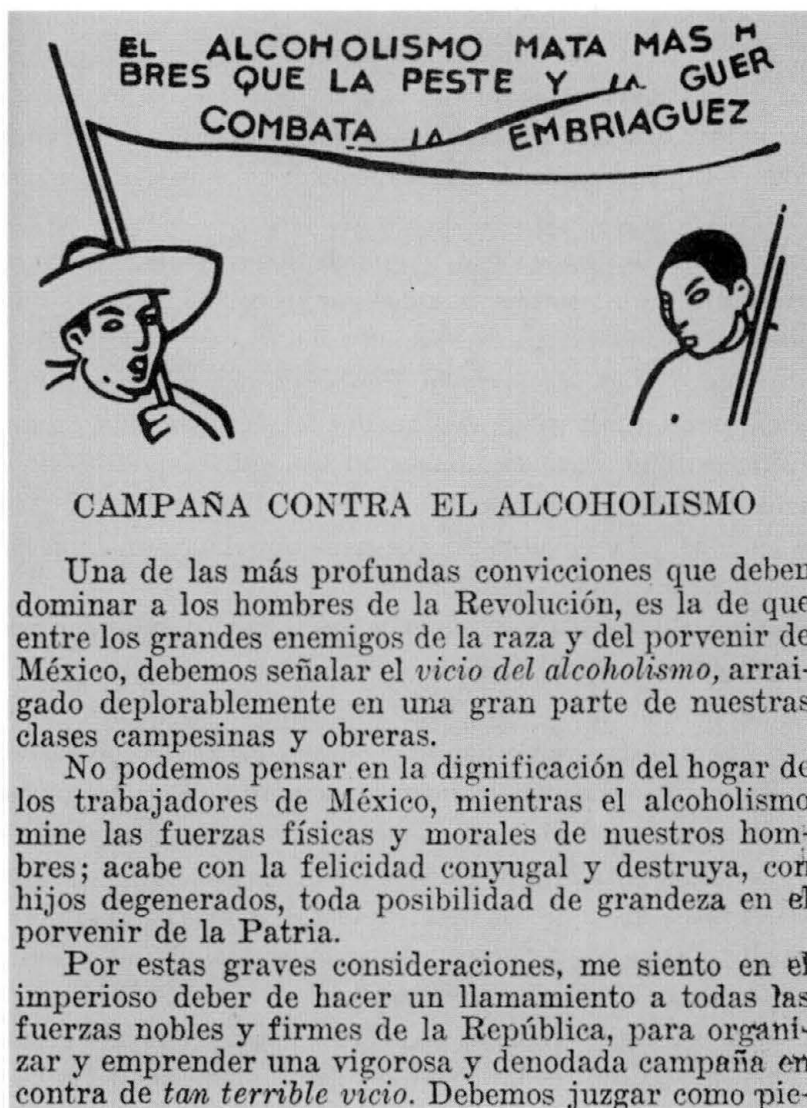
Sin embargo, la serie *El Sembrador* apenas se ocupaba de una cuestión medular en la política de la SEP: la educación de los indígenas. Durante los años veinte prevaleció el criterio de José Vasconcelos de que éstos “eran un factor normal de la nacionalidad” y no deberían ser segregados en reservas, sino asistir a las mismas escuelas y ser educados con los mismos métodos que los mestizos para ser asimilados al proyecto oficial de país. El poco arraigo de la escuela entre los grupos étnicos y así como su fracaso para cambiar las manifestaciones culturales de éstos y difundir el español, llevó a la SEP a buscar nuevos caminos. *El Sembrador* expresaba la actitud ambigua de las autoridades que oscilaba entre el menosprecio y el reconocimiento del valor de dichas manifestaciones y el incipiente interés por conocerlas y comprenderlas.

Gran parte de sus ideas son signo de incultura, pero otras dan motivo a inicuas explotaciones de parte de sus hechiceros que se aprovechan del temor que algunos fenómenos o acontecimientos inspiran a los indios, los obligan a actos y sacrificios peligrosos e inútiles. Pero tiene conocimientos útiles, bellas y emocionantes leyendas, conocimiento de plantas y sustancias medicinales, etc. Es necesario que en cada región se estudien dichas costumbres, creencias y supersticiones.

Hacia finales de la década de los treinta la política había cambiado y tendía a la integración de los grupos étnicos respetando sus expresiones y experimentando la educación bilingüe.

Los libros *El Sembrador* compartían la preocupación de las autoridades por la higiene y la salud de la población y dejaban implícito que la falta de higiene era consecuencia de la ignorancia de los habitantes y no de condiciones estructurales. Las páginas de los textos proporcionaban al trabajador rural todo tipo de consejos para conservarse sano de cuerpo y alma e hicieron eco de la magna campaña contra el alcoholismo, “el más grande enemigo de la humanidad” promovida en todo el país por la SEP y el Departamento de Salud.

FIGURA 3
 Campaña contra el alcoholismo



Fuente: Ramírez 1931c, p. 35.

Sin embargo, a la par que se intentaba transformar los hábitos de los pobladores del campo, se procuraba arraigarlos a su medio y que continuaran siendo campesinos. Ramírez, quien había propagado la idea de que la

vida del campo era monótona y culturalmente pobre, pretendía por medio de los textos inculcar a sus habitantes amor a la tierra!, convencerlos de lo satisfactorio de sus tareas y evitar así su migración. Varias lecciones repetían una y otra vez que “no hay labor más grata a los ojos de Dios que el afanoso trabajar del campesino”, soslayando así la verdadera causa del éxodo a las ciudades.

La defensa de un nuevo orden

Los textos condenaban la desigualdad y mostraban al lector una sociedad maniquea, dividida en buenos y malos, en opresores y oprimidos. A éstos aconsejaban: “Campesino: si no eres dueño de un pedazo de tierra y todavía trabajas a jornal, mientras llega tu reparto, sindicalízate para defenderte del patrón”. Numerosas lecciones estaban dirigidas a “sacudir y mover la voluntad de los campesinos”. Al tiempo que alertaban al trabajador sobre sus derechos y señalaban a los maestros su responsabilidad como “aliados del pueblo”, atribuían el atraso y la miseria del campo a la falta de “civilización” y “cultura” de sus pobladores. Intentaban convencer a los lectores que el esfuerzo y la tenacidad darían como resultado riquezas y comodidades. Páginas y páginas reiteraban que el trabajo era siempre recompensado, desmintiendo conceptos como “explotación” y “enajenación”, que otras se empeñaban en destacar.

El trabajador era el único responsable de su condición. Máximas como éstas eran frecuentes:

Si eres como la hormiga afanosa que trabaja siempre, que siempre ahorra, tu hogar estará toda la vida avituallado [...] si tú quieres serás mendigo. Si lo deseas con todas tus fuerzas llegarás a millonario [...] (Ramírez 1931c, p. 6).

Numerosas lecciones pretendían demostrar que los éxitos de los grandes hombres se debieron a su empeño, a sus estudios, a su lucha, trabajo y optimismo, que eran “los únicos ingredientes que garantizaban el triunfo” (*idem*).

FIGURA 4
El valor del trabajo

SI TU QUIERES, SERAS MENDIGO

La cigarra canta todo el verano, pero muere de hambre en el invierno. Si tú imitas a la cigarra, tu imprevisión te conducirá a la miseria en el invierno de tu vida, es decir, en la vejez.

En cambio, si eres como la hormiga afanosa que trabaja siempre, que siempre ahorra, tu hogar estará toda la vida avituallado.

Si no quieres humillarte, implorando el auxilio de otro, ahorra. Es muy triste ir por la calle tendiendo la mano a los transeúntes, para que nos pongan en ella con una mueca de orgullo o con un gesto de vanidad, una despreciable moneda. Los transeúntes sinceros la pondrán movidos de compasión. He aquí los sentimientos que despiertan a su alrededor los hombres imprevisores: orgullo, vanidad, compasión, lástima!

Si tú quieres, serás mendigo.

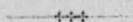
Si lo deseas con todas tus fuerzas, llegarás a millonario.

Escoge.

¿Por qué has de seguir mirando al rico lejos de ti, cuando tú mismo puedes llegar a serlo?

Verdad es que no tienes caudal, pero fórjate uno. Nada necesitas para empezar; te bastan tus propias manos.

Ahorra.



Fuente: Ramírez 1931c, p. 10.

Los libros promovían la organización de obreros y campesinos, difundían la fe de las autoridades en las cooperativas y a la par alentaban al campesino a defenderse de la explotación. “Campesino: si no eres dueño de un pedazo de tierra y todavía trabajas a jornal, mientras llega tu reparto, sindicalízate para defenderte del patrón” (Ramírez 1931a, pp. 54-55). También advertían a los antiguos patronos:

El que ha recibido tierras pero carece de implementos para trabajarlas es sólo un esclavo que ha cambiado de dueño. Rompió una cadena y quedó sujeta a otra. Debe procurarse a los nuevos ejidatarios una pequeña ayuda económica que les sirva de estímulo y que los conforte para iniciarse en su nueva vida de hombres libres (*idem*).

Algunas páginas tenían el tono de un panfleto revolucionario: recordaban al trabajador su derecho a trabajar sólo una jornada de ocho horas; a recibir un trato humanitario, salario justo y a gastarlo en la tienda que les diera mayores ventajas económicas (no en las tiendas de la hacienda o del patrón), a escoger para quien trabajar, y a tener escuelas para sus hijos. Recomendaban a los maestros unirse a los campesinos y les advertían que eran “aliados del pueblo y soldados de la Revolución”.

Los libros *El Sembrador*, mostraban al lector una sociedad maniquea, dividida en buenos y malos, explotadores y explotados y patrones que se aprovechaban del esfuerzo de los trabajadores. Un ejemplo es este poema:

Cristo no era como los patrones

Que pobres estamos todos
Sin un pan para comer
Porque nuestro pan lo gasta
El patrón en su placer [...]

Mientras él tiene vestidos
Y palacios y dinero,
Nosotros vamos desnudos y vivimos en chiqueros.

Nosotros sembramos todo
Y todo lo cosechamos
Pero toda la cosecha
Es para bien de los amos [...] (Ramírez 1931b, p. 37).

La moral revolucionaria

Pese a su lenguaje radical, y para ganar el apoyo de una población mayoritariamente católica y conservar un *modus vivendi* con la Iglesia después de la guerra cristera, las autoridades se empeñaron en demostrar que la educación oficial inculcaba principios cristianos y formaba “imitadores de Cristo”. Así, como el Sembrador, los alumnos deberían esparcir la semilla del bien. La bondad

y la virtud y el respeto eran la base de la felicidad. Para que el reino de Dios descendiera sobre la tierra, el “Divino Maestro” debería inspirar a los educadores a enseñar “la obediencia, la modestia, la gratitud, la caridad, la prudencia, la benevolencia, la justicia, la sinceridad, a amar y servir al prójimo”.

FIGURA 5

La semilla de la virtud o sembrar la virtud

Muere el sol, quietud inmensa
se adueña de cuanto existe...
Entonces, una voz triste
susurra en mi oído: ¡Piensa!
Por fin, la noche, vestida
de luto, llena de encanto,
me cobija con su manto,
suspirando: ¡Duerme, olvida!

—*—

**ENSEÑALE A AMAR Y A SERVIR
AL PROJIMO**

Un día el Divino Maestro habló así a la multitud:

“Consideren todos los que tienen la dicha de ser padres la importancia de su misión; tienen el deber de sostener al hijo que han creado.

“Lucas, Simón o Pedro, quien quiera que seas tú, de tí solo dependerá que el hijo de tus entrañas sea una bendición o una desgracia para tí; un miembro útil o despreciable para la comunidad.

“Prepáralo con temprana instrucción, sazona su mente con las máximas de la verdad y siembra en su corazón las simientes de la virtud.

Fuente: Ramírez 1931a, p. 37.

El “gran hombre” prototipo de los textos, como en el ideal cristiano: “no hace a los demás lo que no había de querer que los otros le hicieran a él”.

Los textos cuidaban no atacar a la religión. Sólo una lección la criticaba directamente y se refería a la capilla en estos términos: “No te quiero porque enseñas al hombre a doblar las rodillas. El hombre debe ser libre

como el ave que vuela [...]. Más te valiera ser escuela o gimnasio". Los textos servían de foro para mensajes del gobierno. Difundían, por ejemplo, "El decálogo del socialismo" de Emilio Portes Gil.

La mujer campesina era objeto de un condescendiente paternalismo: "La mujer es digna de lástima y sólo merecen el calificativo ¡Pobres mujeres de los ranchos! Benditas ellas que saben trabajar todo el día con el ánimo alegre, el corazón contento y la canción en los labios". A los niños se les recomendaba: "Se bueno con ellas [...] ayúdales en sus ocupaciones de casa [...]" reforzando así los papeles tradicionales de género, aunque otras lecciones pregonaban la integración de la familia, la cooperación, el respeto y el amor filial.

PLAN SEXENAL ¿TEXTO ESCOLAR
O FOLLETO DE PROPAGANDA?

La serie Plan Sexenal, fue ideada en 1933 por el grupo callista con la intención de limitar y encauzar las acciones del futuro presidente Lázaro Cárdenas. Modificada por el ala radical del Partido Nacional Revolucionario, sirvió como un poderoso instrumento de cambio en manos del nuevo mandatario. *El Plan*, cuyo punto nodal era el intervencionismo estatal, dio luz verde a Cárdenas para regular aspectos fundamentales de la vida del país, como el agrario, el industrial y el educativo. En octubre de 1934 se reformó el artículo 3º constitucional para establecer la Educación socialista.

Uno de los medios para difundir la reforma fueron los libros de texto. La serie *El Plan Sexenal* o *El Porvenir* además de dar a conocer a los lectores la nueva orientación educativa, era un panegírico del Plan del mismo nombre. En 1937 la SEP publicó 250 000 ejemplares dirigidos a alumnos "medianos" de tercero y cuarto de primaria, como parte de una colección de tres textos para el medio rural. El fin explícito de la obra, profusamente ilustrada por un muy joven Alberto Beltrán, después un destacado integrante del Taller de la Gráfica Popular, era guiar a los maestros para organizar a los niños en actividades benéficas a la comunidad. A la vez, pregonaba las bondades de la educación socialista y los logros del gobierno. En el libro para tercer año, que tomo de ejemplo para este trabajo, la misión de la escuela era

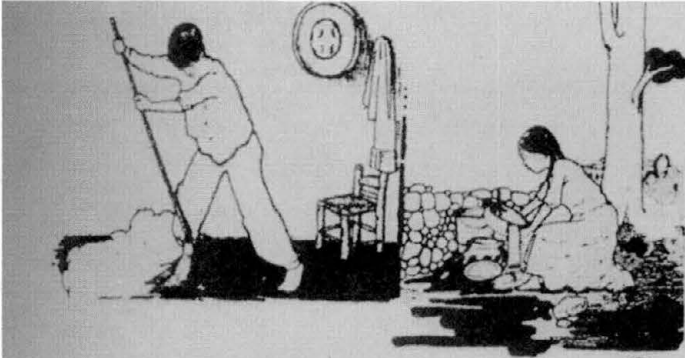
convertir a una población rural imaginaria, “El Porvenir”, en una comunidad ideal, metáfora de lo que deberían ser la sociedad socialista y el México del futuro. Atrás quedaban la Revolución y los héroes patrios, de los que no hay mención alguna en los libros. Los nuevos héroes eran los miembros de la comunidad, los trabajadores y los niños, dueños del mañana. Las lecciones reforzaban las ideas expresadas en textos anteriores y libraban las mismas batallas encomendadas a la escuela rural: la formación de un nuevo hombre: la promoción de la salud, del deporte, la lucha contra el alcoholismo, la propaganda a favor de la vacunación, la organización de los trabajadores. Los alumnos de la escuela mixta de “El Porvenir”, protagonistas de los textos, deberían formar diversos comités: de salud, de hogar y vida doméstica, de vida económica, de vida social y recreativa, de vida cultural, para cooperar en la mejora de su entorno. A diferencia de los libros que lo precedieron, éste fue escrito totalmente por Ramírez y carecía de poemas, cantos, fábulas, que pudieran distraer al alumno. El *Plan Sexenal* era, antes que nada, un manual de acción y de trabajo, un programa detallado para mejorar diversos aspectos de la vida cotidiana de los alumnos y un panegirista de la obra del gobierno en diversos aspectos. Por ejemplo, el texto informaba respecto de la labor que debería realizarse para mejorar la salud de la población:

Se creará un instituto especial para estudiar y combatir las enfermedades llamadas de tierra caliente que causan grandes estragos en la población. Ahora bien; para hacer frente a todos estos trabajos, el Gobierno Federal se resolvió a ir elevando paulatinamente, año tras año, a partir de 1935, las sumas de su presupuesto destinadas a higiene y salubridad, de manera que en el año de 1940 se hallen duplicadas poco más o menos (Ramírez 1937, p. 46).

La familia “proletaria”

El texto ensalzaba a la familia, sin duda para desmentir la acusación de los enemigos de la educación socialista de que ésta buscaba destruirla y apoderarse de las mentes de los niños: “Que cosa tan bella es el hogar. Los diversos miembros que constituyen la familia trabajan cada uno por la felicidad de todos y todos ellos juntos trabajan por el bienestar de cada uno” (*ibid.*, p. 51).

FIGURA 6
La felicidad del hogar



II

Queridos compañeros: Me agrada verlos puntuales —comencé de este modo mi discurso—, porque hoy vamos a discutir una de las cuestiones más interesantes que se pueden plantear a los niños de una escuela, cual es la de estudiar la manera de mejorar la vida que llevamos en nuestros hogares.

¡Qué cosa tan bella es el hogar! Los diversos miembros que constituyen la familia, trabajan cada uno por la felicidad de todos, y todos ellos juntos trabajan por el bienestar de cada uno. El maestro abraza la esperanza de que algún día nuestra comunidad de **EL PORVENIR** llegue a organizar-

Fuente: Ramírez 1937, p. 51.

Las lecciones perpetuaban y reforzaban los papeles tradicionales de género: padre proveedor, madre, ama de casa, ángel del hogar, responsable única de las tareas domésticas y por ello digna de lástima:

Nuestros papás salen temprano a sus labores para ganar el sustento de toda la familia y nuestras mamás se quedan en la casa ahogándose dentro de un trabajo enorme: ella es la guardiana del hogar, la ejecutora de todas las tareas domésticas y la que cría y educa a las criaturas. Si nosotros los medianos las

ayudáramos, nuestras *pobres* mamás serían menos esclavas del trabajo y tendrían más tiempo para mejorar las condiciones del hogar” (*ibid.*, p. 53. Las cursivas son mías).

Esta imagen de la mujer-ama de casa, cambió en otros textos de la educación socialista, que exaltaban el trabajo femenino fuera del hogar y se apegaba más al ideal cardenista de la familia como una organización social donde todos tenían los mismos derechos y obligaciones.

La niñez revolucionaria

Los niños protagonistas de las lecciones del texto tenían numerosos deberes con la sociedad, como ejemplo del papel que los alumnos deberían desempeñar en el mundo real. Correspondía a la “niñez revolucionaria”, solidarizarse con los trabajadores, luchar por la organización de cooperativas de trabajo, por la colectivización de la tierra y de los instrumentos de producción, y poner el interés general sobre el individual. Los lectores recibían explicaciones pormenorizadas del *Plan Sexenal*, y su función en el mejoramiento del proletariado. El Plan del gobierno era paralelo al programa de trabajo que los niños desarrollarían en la escuela, la casa y la comunidad. Un aspecto primordial era la recreación. Una vez más Ramírez, hacía hincapié en su importancia por medio de un texto de lectura: “[la recreación] nos hace sentir contentos en nuestros pueblos tan aislados”. Los niños deberían cooperar para hacer más alegre la vida de su comunidad y para alejar a los adultos de la bebida, de los juegos de azar, las peleas de gallos, juntando dinero para un aparato de radio, un cinematógrafo. La escuela, por su parte, debería impulsar deportes, canto, bailables, días de campo, excursiones, talleres de artesanías, equipos deportivos:

Las recreaciones no solamente vuelven alegre a la vida campesina, de por si tan monótona y triste si no también socializan a la gente y sirven para evitar que la gente campesina emigre a las ciudades, pues si los campos llegaran a despoblarse y no hubiera quien trabajara la tierra y sembrara y cosechara, la población total del país moriría por falta de sustento (*ibid.*, p. 161).

Un portavoz oficial

Las páginas de los libros *Plan Sexenal* alababan la labor del gobierno:

El gobierno federal se ha dado cuenta de que en el campo no hay vida social ni recreativa y como considera que dicha vida es absolutamente necesaria para el bienestar y el progreso de la comunidades rurales, se ha propuesto hacerla surgir y fomentarla ha creado el Departamento Autónomo de Educación Física, para difundir por todos los rincones del país los juegos y deportes y recreaciones sanas (*idem*).

Daban cuenta también del número de escuelas que se habían construido, de las nuevas instituciones que se habían creado, del avance de los programas escolares:

El gobierno no se preocupa solamente por la educación primaria; está estableciendo poco a poco, en diversas regiones del país, escuelas rurales de tipo superior que llama Escuelas Regionales Campesinas, en donde los niños del campo se preparan bien sea como agricultores expertos o bien como maestros rurales. Todo su afán está concentrado en ilustrar a la clase campesina, porque sabe que nuestro país sólo será grande cuando la población rural sea culta (*ibid.*, p. 170).

“El Porvenir” había nacido sin “Plan” alguno, sin orden ni concierto, “desarticulado, torcido y disparejo”, como alegoría del país. Gracias a un trabajo planificado y de colaboración de la comunidad se materializó la utopía, y “El Porvenir” se transformó en una comunidad limpia, sana, moderna, radiante en la que abundaban casas higiénicas, pozos, árboles, hortalizas, casas higiénicas, teatro al aire libre, parques, en la que se llevaban a cabo encuentros deportivos y festivales, en la que las mujeres gozaban de dos instrumentos que les hacían menos esclavizante su vida doméstica: el molino de nixtamal y la máquina de coser. Esta imagen ideal se hizo realidad en algunos ejidos después de la Reforma agraria. El mensaje era claro y explícito: “En seis años si seguimos trabajando con el mismo empeño se vivirá mejor”. A finales de la década, los libros de lectura, las series Simiente y SEP.

Desplazaron a los de El Sembrador y Plan Sexenal pero conservaron muchos de sus rasgos. Como sus precursores, los nuevos textos estaban dirigidos a los trabajadores, hablaban de su entorno, e intentaban hacerlos conscientes de sus deberes y derechos y señalarles el camino de su emancipación.

Además de obras pedagógicas, los textos de lectura *El Sembrador* y *Plan Sexenal* fueron instrumentos políticos, portavoces de la ideología oficial. Muestran la importancia que el gobierno atribuyó a la palabra escrita como parte de su proyecto nacionalista de integrar a la población, de modernizar, moldear campesinos libres de prejuicios y lo que consideraban actitudes retardatarias, y también como medio de propagar y justificar sus acciones. Los textos hacen ver que la educación escolar era un campo en el que había que contemporizar y ceder para obtener consenso y consolidar un Estado hegemónico.

BIBLIOGRAFÍA

- CHARTIER, ROGER 1995. *Sociedad y escritura en la Edad Moderna. La cultura como apropiación*. Trad. de Paloma Villegas y Ana García Bergua. México: Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora.
- FELL, CLAUDE 1989. *José Vasconcelos. Los años del águila*, México: UNAM.
- Historia de la lectura en México* 1988. México: El Colegio de México-Ediciones del Ermitaño.
- IDUARTE, ANDRÉS 1985. *Un niño en la Revolución mexicana*. México: Gobierno de Tabasco.
- LOYO, ENGRACIA 1988. "La lectura en México, 1920-1940", en Seminario de Historia de la Educación en México, *Historia de la lectura en México*. México: El Colegio de México-Ediciones del Ermitaño, pp. 243-294.
- MARTÍNEZ ASSAD, CARLOS 1985. *Los lunes rojos, la educación racionalista en México*. México: SEP-Caballito. (Biblioteca Pedagógica.)
- Obras completas de Rafael Ramírez* 1968. Veracruz: Gobierno del Estado de Veracruz, Dirección General de Educación Popular, t. IX.
- RAMÍREZ, RAFAEL 1931a. *El Sembrador. Libro segundo de lectura para las escuelas rurales*. México: Herrero, Hermanos.

- 1931b. *El Sembrador. Libro tercero de lectura para las escuelas rurales*. México: Herrero, Hermanos.
- 1931c. *El Sembrador. Libro cuarto de lectura para las escuelas rurales*. México: Herrero, Hermanos.
- 1937. *Plan Sexenal Infantil. Libro de lectura para el ciclo intermedio de las escuelas rurales*. México: Biblioteca Cuauhtémoc.
- VAUGHAN, MARY KAY 2000. *La política cultural de la Revolución. Maestros, campesinos y escuelas en México*. México: Fondo de Cultura Económica.
- VÁZQUEZ DE KNAUTH, JOSEFINA 1970. *Nacionalismo y educación en México*. México: El Colegio de México.